

Reciente Premio Herralde, esta novela de **Luis López Carrasco** explora a través de una desasosegante distopía la renuncia a la realidad y la infantilización general de la sociedad actual

Una mirada a ese horizonte que flota sobre todos nosotros

por **JUAN MARQUÉS**

En un momento indeterminado, pero desde luego en un tiempo algo futuro al nuestro (creo que no destrippo nada importante si digo que al final se sabe que es en la próxima década: la novela se cierra en 2035), y por motivos que nunca se explicarán con exactitud, pero que se sugieren, si se me permite la contradicción, con insistente insinuación, la pareja formada por Carlos y Aitana ha de abandonar Madrid y mudarse a un sitio impreciso que también se acaba sabiendo, pero que no puedo adelantar aquí, aunque hay que dejar claro que no estamos hablando de una novela de sorpresas, sino de reflexiones, con muchas más sutilezas que sobresaltos.

En las cosas que ellos recuerdan, piensan o reciben en su nuevo hogar no hay tanto un argumento sorprendente como una atmósfera crepuscular que logra conjugar lo desasosegante y lo apacible. Los protagonistas están empezando una vida muy distinta en un lugar por estrenar, mientras la convivencia en nuestras ciudades se complica y se hace poco amable. Echando la vista atrás, a 2011 por ejemplo, Carlos recuerda una competitiva entrevista para un trabajo precario cuando la crisis (y no me refiero sólo a la económica) era ya un hecho irreversible: «Envolvieron la ciu-

dad en un brillante papel de regalo y desde ese momento no pudo ser otra cosa más que un regalo a nuestros ojos. ¿Quién era el destinatario del regalo en que se había convertido nuestra ciudad? Esperábamos ser nosotros porque ¿quién podría vivir dentro de un regalo que no es para uno?»...

Luis López Carrasco (Murcia, 1981) ha obtenido el último Premio Herralde con una breve novela dividida en cinco partes que transmiten un agobio ya post-postcontemporáneo. Urbanizaciones vacías, poblaciones sin luz, un mundo cada vez más militarizado... Desde el principio uno teme notar cierto riesgo de inmadurez en las subtramas que van sucediéndose en la novela desde la primera página, explícitamente deudoras de un imaginario audiovisual (y especialmente de series de televisión), hasta que se comprende que, hábilmente, la renuncia a la realidad y la infantilización general no son los sitios desde los que inconscientemente se escribe, sino los temas de los que muy deliberadamente se habla.

En *El desierto blanco* nuestra sociedad es vista sistemáticamente desde fuera: desde fuera de nuestro tiempo, desde fuera de la gran ciudad (el título alude a la nieve en «los páramos de Castilla», aunque por descontado tiene más implica-



LUIS LÓPEZ CARRASCO
EL DESIERTO BLANCO

41º Premio Herralde.
Anagrama. 168 páginas. 17,90 €
Ebook: 10,99 €

UN FUTURO SIN PESIMISMO

Miembro del jurado, Juan Pablo Villalobos ha afirmado: «Las novelas futuristas describen miedos presentes, pero muchas lo hacen con gran pesimismo, pregonando la catástrofe y asumiendo la derrota. Esta no. Aquí se imagina un futuro muy cercano en el que no nos hemos olvidado de quiénes fuimos y quiénes somos». Por eso, el autor reconoce que «es un poco distópica, pero no del todo. El futuro ha ido mal pero aún hay margen para la utopía»

ciones al ser elevado a rótulo general), desde periferias abandonadas o incluso desde una naturaleza inexplorada, como esa playa «paradisiaca» en la que aterriza de emergencia un avión de pasajeros o como ese apocalíptico vertedero de cedés en el que culmina una fiesta de amigos en el campo.

Pero hay aún más distancias, y más profundas: algunos personajes, como el propio autor, trabajan en el cine, y discuten sobre las posibilidades de la ficción, sobre las expectativas del espectador medio de hoy, sobre su credulidad o su paciencia, y al leer esos «juegos de roles» a los que se someten ellos, el lector se sabe implicado, entiende que se están refiriendo a él, y con él a todos nosotros, a nuestro mundo, a la propia sustancia de la realidad y a lo que poco a poco vamos haciendo con ella.

En la última parte, probablemente la más estimulante, el hermano de Carlos, enfermo de nostalgia, escribe correos electrónicos desde la vieja casa familiar, un mundo que fue idílico por muchos motivos (los veranos de la infancia en un paisaje rural leyendo tebeos y probando videojuegos junto a la piscina) y que ahora, casi despoblado, resulta amenazante de una forma extraña: como en una «vuelta de tuerca» insólita al típico de la casa encantada, no hay un fantasma en la casa sino fuera: leemos la correspondencia de un hombre normal (aunque con un pasado complicado, salud mental pendiente de diagnóstico y, sobre todo, una puerilidad extrema aunque inteligente: «la melancolía es una elaboración...») que estuviese rodeado de un mundo espectral o, como dice él mismo refiriéndose a su propia parcela, «una especie de templo de la ficción» donde todo está mutando.

Creo que eso es, principalmente, lo que esta singular novela quiere inspirar, y lo hace con buenas ideas y con recursos: la pegajosa sensación de que llevamos tiempo instalados en una realidad alterada, en medio de una naturaleza que se ha vuelto mentira. **L**